

Hecha esta reflexión, interrogó de nuevo.

— Quedamos en que moriré maldecida; pero quiero saber si vencida ó victoriosa.

— En la pupila vidriada apareció la palabra « vencida ».

— Y él, mi Enrique, ¿ cómo acabará ?

Como si no esperase ni aun el fin de la pregunta, la pupila reflejó, como si se imprimiera en ellos con caracteres de fuego, esta siniestra profecía : « Apuñalado ».

— ¡ Apuñalado Enrique ! — gritó Catalina.

Y loca de terror, porque aún sentía cierto cariño por el postrer representante de su vergonzosa progeñe, la Médicis huyó, sin volver siquiera la cabeza.

## V

## ENDIMIÓN Y LA NINFA

Los numerosos sortilegios que tuvieron lugar aquella noche en cuatro sitios diferentes de París y sus alrededores, no quedarán por completo enumerados si añadimos á los acontecimientos de que fué teatro la casa maldita de la calle de las Viejas Estufas los que se desarrollaron en el corredor misterioso de Villanueva-Marsan, en el lago luminoso del castillo de Chaumont y en cierto departamento del palacio del Louvre. Réstanos aún referir algo, para la comprensión de lo cual nos trasladaremos á otra parte de dicho palacio.

Estamos en un vasto salón rectangular alumbrado por tres amplias ventanas desde las que se domina el Sena en primer término, y detrás de éste la torre de Nesle.

Enfrente de las ventanas hay una doble puerta que comunica con dos antecámaras, de las que la de la

izquierda corresponde al vestuario y guarda-ropa y la de la derecha al cuarto de dormir del rey.

La habitación rectangular de que hablamos es pues el salón de Enrique.

Hay en él muebles pesados y voluminosos, y tapices de gran espesor. Colgados á uno y otro lado de la doble puerta vense dos cuadros al óleo, de los que el uno representa al duque de Anjou ganando la batalla de Moncontour, y el otro á Enrique III retratado por Juan Cousin. El rey, aparece en postura y traje de ceremonia.

En el marco del cuadro, una tarjeta sostiene tres coronas dispuestas en triángulo y rodeadas de una divisa en que se lee: *Manet última celo* (la última me espera en el cielo), pretenciosa exclamación en boca de un príncipe pervertido que fuera rey de Polonia antes de serlo de Francia.

Debajo de cada uno de los cuadros, vese una tableta de mármol rojo incrustada de bronce, de las que una sirve de soporte á un *Endimión dormido*, notable y reciente obra de Cánova, mientras que la otra sostiene una reducción en plata de la *Ninfa de Fontainebleau*, para la que sirvió de modelo á su autor, el divinio Cellini, la celebrada Diana de Poitiers.

Colocadas una frente á otra, las dos estatuillas parecen completarse.

Sin duda el ordenador del palacio ha pretendido, al acercar una á otra ambas figuras, magnificar la humana belleza en lo que tiene de más atrayente.

Apresurémonos á decir que acababan de ser colocadas

allí en gran secreto. Son regalo del duque de Guisa: una especie de homenaje ligo destinado á hacer olvidar al rey los incidentes del reciente duelo.

El rey cena, y nadie le ha prevenido acerca de tal regalo. Es de suponer que al entrar en el salón, su mirada se iluminará, encantado él por la agradable sorpresa ..

Precisamente se oye rumor, que llega de las antecámaras. La puerta se abre de par en par y da paso al primer gentilhomme de Francia, á quien siguen el marqués de O, el capitán Bervic, y la perfumada cohorte de favoritos: Joyeuse, Saint-Megrin, de Epernon, Quelus y Livarot, quien lleva un emplasto en el sitio en que estuvo la oreja segada por el diabólico bumerang. Sus amigos parecían condolerse de tan sensible pérdida, pero no podían dar libre curso á su irónica afección en presencia del amo y señor, quien aquella noche, por uno de esos saltos de humor en él tan frecuentes, hallábase tan alegre y bien dispuesto como triste y colérico estuviera la víspera.

Fuera aparte del placer que esperaba reportar de la jornada del siguiente día, tanto en los funerales del ojo de Maugirón como en el baile que en su honor se daba en la casa del pueblo, motivaba el agradable humor del monarca el hecho de haber recibido simultáneamente, algunas buenas noticias.

En efecto: mientras que, terminada la cena, asomábase asustado á una de las ventanas de su palacio para contemplar cómo se elevaban hacia el cielo inmensas llamaradas, habíase presentado ante él el maestro Am-

brozio Paré para asegurarle que pasados pocos días devolveríale, curado, á Maugiron, su favorito. Poco después llegó la expedición enviada contra el audaz entuertador, y entonces supo Enrique que el fuego por él visto era el de la casa maldita. Salem Kebir habíase negado a entregar al hombre refugiado en su domicilio, pero el hereje habíase suicidado, pereciendo abraçado en compañía del entuertador y de su temible vecino Abou-Nadarah.

Un auto de fe de primera clase.

La desaparición de los dos magos, rivales del suyo propio, iba a dar a Enrique una superioridad indiscutible sobre su madre, a la que seguía temiendo, y sobre Villequier, a quien soportaba, envidiándole.

— Señores, — dijo dando la vuelta al salón a pasos contados, — ¿qué pensáis de la prolongada ausencia del señor de Saboya-Nemours?

Miráronse los miñones indecisos.

Excepción hecha de Epernon, todos sabían bien — o creían saber — que el duque Rolando encontrábase en aquel momento en galante compañía. Todos en efecto habíánle visto — ó creído verle — en su carroza, amorosamente inclinado sobre el hombro de la divina Ayela. Pero constábales que no era posible decir eso al rey, á quien ninguno de ellos conocía relación alguna con mujeres.

Por fin, hablaron, vagamente.

— Se habrá peleado; — opinó uno de ellos.

— Sí: tal vez se ha batido; — dijo otro.

— Por algo es el rey de los refinados.

Enrique sonrió sarcásticamente al oír esta última opinión.

— Un poco de piedad para esa majestad, caballeros; — dijo. — Si hasta sus oídos llegan vuestras palabras no dejará de sentir calientes sus orejas acordándose del duelo de ayer mañana... No; Nemours estoquea á los amigos de Guisa de día solamente. ¿Ninguno de vosotros lo ha encontrado?

Disponíase á contestar el capitán de Bervic, quien no tenía, para callarse aquello de que estaba enterado, las mismas razones que los miñones. Pero uno de éstos, Pablo de Stuer de Caussade, le puso la mano en la boca cuando se disponía a abrirla, deslizándose en su oído estas palabras:

— Silencio, capitán: Nemours no os perdonaría nunca la menor indiscreción.

— Sobre que el rey ya no se acuerda siquiera de que el duque existe; — añadió el vizconde de Arque. — Vedlo si nó.

Así era en efecto. Enrique acababa de percatarse de la presencia de algo que él no conocía: el *Endimión* de Cánova, y verdaderamente absorto, contemplaba al dulce pastor del monte Patmos, acariciándolo con la mirada.

Todos se acercaron, intrigados.

¿De dónde procedía aquella estatua? ¿Quién la había colocado allí?

El hijo de Catalina inclinábase hacia ella, extasiado. Adelantando la mano, palpaba el mármol febrilmente, y su dedo pulgar se movía ondulante, se deslizaba,

imitando el ademán bien conocido de los modeladores.

— ¡Oh, oh, oh! — dijo por tres veces. — No puede darse nada de más grácil, de más delicado, de más encantador. ¡Qué finura en los ligamentos! Mira, Joyeuse, parece tu brazo... ¡Qué morbidez y suavidad en las carnes! Así son las tuyas, Quélus... ¿Pues y la graciosa esbeltez de sus formas? ¿Quién puede comparársele por ella? Ah, sí, tú, Libarot... La actitud es felina, elástica, como la que adoptaba mi pobre du Gaz... Hay verdad en el juego de las masas musculares; Nemours y tú, de Epernon, ambos presentáis á veces contorsiones de ese género... Pero el conjunto de ese cuerpo tan bello, tan fresco, tan gracioso, ¿dónde lo he visto yo vivir y palpitar? ¡Ah, sí! Es Maugirón...

El capitán de Bervic estaba colorado como la grana. Parecíale soñar oyendo la fría exposición de tan vergonzosas torpezas.

Los miñones en cambio aprobaban con ligeros movimientos de cabeza, divertidos por la enumeración del rey, como las barraganas se entusiasman con el común protector que saca á concurso y hace valer sus mejores encantos.

Enrique continuó diciendo:

— Este duerme... es ciego... ¿verdad que cualquiera lo tomaría por el Amor? Ninguno de vosotros se le parece tanto como Maugirón.

— ¿Porque sólo le queda un ojo? — se atrevió á preguntar Joyeuse.

— Desgraciadamente.

— Lo que quiere decir que si perdiera el ojo que le queda se le parecería en absoluto.

— En absoluto; — repitió Enrique.

Aunque nada tenía de risible la desgracia ocurrida á Maugirón, la afirmación del rey excitó la hilaridad de los cortesanos, incapaces de afligirse por mucho tiempo.

— Sire, — dijo Bervic, satisfecho de poder dar nuevo rumbo á aquella conversación peligrosa, — ese joven dios no ha venido solo.

Y mostraba al decir esto el grupo de la Ninfa de Fontainebleau.

La mirada de Enrique siguió la dirección indicada por el capitán, y al instante sus labios se plegaron con movimiento de repulsión.

— ¡Jesús, María y José! — exclamó indignado. — He ahí una impúdica exhibición capaz de ofender las miradas menos castas. ¿Cómo es posible que haya mujeres bastante indecentes para presentarse de ese modo ante humanos ojos?

— Se trata de una alegoría mitológica, señor.

— Ya lo veo; — repuso el rey. — Pero me parece que el florentino Cellini, cuya firma aparece al pie de su obra, no debió ir á buscar su modelo en el Olimpo... A ver, hay alguno de vosotros, señores, que haya conocido á la desvergonzada que posó en traje de Eva ante el artista?

— Yo, señor; — dijo el marqués de O.

• — ¿Era una impura hija de Bohemia, verdad?

— Excusadme, señor, si me permito contradeciros;

fué la duquesa de Valentinois en persona, la que sirvió de modelo...

— ¿Cómo? ¿La castellana de Anet? Pues aun así, no he de ser yo quien alabe el mal gusto de que mi real y respetado padre dió prueba complaciéndose en la compañía de tan carnosa matrona. Comparad, señores, comparad los dos bocetos. ¿No os parece que las formas gráciles del pastor son infinitamente superiores, como belleza, á las de esa ninfa de peso? Francamente, no comprendo que sea posible la vacilación entre la admirable armonía de las líneas todas del cuerpo de Endimión y la indecente exposición de grasa de la egeria, magnificada por un cincel mercantilizado.

El capitán de Bervic se abstuvo, como se comprenderá, de tomar parte en aquella discusión *pro domo*; pero no así, los miñones, quienes abundaron todos, naturalmente, en la opinión de su amo y señor, asegurando compartir sus impresiones estéticas.

En realidad y aunque no fuera más que por el propio interés, veíanse obligados á denigrar la belleza femenina y á calificar de defectos las bellezas de la mujer.

— ¡Puac! terminó el rey, girando sobre sus talones.

— Eso es un asco. Velad la estatua, Beryic, porque su vista es un atentado contra la moral.

Es de notar que Enrique III, príncipe que renovó en su corte las extravagantes costumbres de la Roma de la decadencia, no podía contemplar un seno femenino sin sentirse verdaderamente asqueado. De él se cuenta que en la época en que sólo era duque de Anjou, hubo de atravesar la Lorena al ir á posesionarse del trono de

Polonia, dejándose allí seducir por la severa belleza de Luisa de Vaudemont, que fué la única dama que se hizo presentar á él sin escote, antes al contrario, cubierta en tal forma que nada desnudo se veía ni de sus hombros ni de su cuello. Una vez consagrado rey de Francia, Enrique recompensó la reserva de la dama haciéndola su esposa.

Pero es el caso que entre marido y mujer, aunque sean rey y reina, hay circunstancias y momentos en que los personales encantos se manifiestan sin cendales que los velen. Y como Luisa de Vaudemont hallábase dotada de un seno de gran opulencia, hasta el punto de que « sus pechos ondeaban al andar ella », según ha escrito Brantome, uno de los más avisados críticos de su tiempo, el contacto de los mismos asustó al rey hasta tal punto que nunca más repitió el experimento, y aun ordenó que se colocara una verja empotrada separando sus habitaciones de las de la reina, á fin de ni siquiera incurrir en la tentación de visitarla en privado.

Esto prueba que, aunque aún no había nacido Molière, Tartufo existía ya.

Pero volvamos á nuestra historia. Fué tal la precipitación con que el rey se alejó de la ninfa, que sus favoritos no pudieron menos de sonreír, mirándose unos á otros.

— Vamos á ver, — dijo Enrique sentándose á horcajadas en una silla estrecha, — ¿no os parece bien que probemos los trajes preparados para el baile de mañana?

De Epernon y Joyeuse hicieron un mohín signifi-

cativo. El proyectado ensayo, antes de la comedia que debían representar al día siguiente, no era para ellos plato de gusto en aquel momento, tanto más cuanto que podía prolongarse é impedirles acudir á la cita que con Faustina y Mariola tenían para aquella noche en la casa de las miñonas.

— ¿No teméis fatigaros, señor? — preguntó hipócritamente el primero de ellos.

Y el segundo, para ayudarle, añadió :

— Sin contar con que habrá que levantarse temprano. Tenemos la ceremonia de los funerales...

Enrique golpeó el suelo con el pie.

— A tomar las ropas; — dijo. — Quiero admirar á mis miñones con esos trajes.

Toda discusión era imposible. Los jóvenes cortesanos se apresuraron á dirigirse hacia el vestuario en busca de los trajes de bailarina dispuestos para la ceremonia del siguiente día. Pero en el momento en que iba á comenzar la ridícula escena de la toaleta, un nuevo personaje, precipitándose en el salón, fué á caer de rodillas ante el rey, gritando :

— Señor, ordenad á vuestros guardias que me sigan. He descubierto un nido de conspiradores.

El recién llegado era un enano grotesco, á quien la cabeza pequeña, las piernas arqueadas y los largos brazos, daban el aspecto de una araña gigantesca.

Su traje, tan ridículo como su persona, componíase de una especie de blusa, mitad rosa y mitad verde, con faldones cortados en puntas numerosas que sostenían infinitos cascabeles.

Su dramática entrada habría debido producir alguna sensación; pero no fué así, sin embargo, porque aun cuando tenia por misión la de divertir al rey, era en verdad tan poco ocurrente que, de todo punto incapaz para desempeñar con acierto su papel de bufón, sólo inventaba bromas estúpidas.

— Levántate, Sibillot; — dijo el rey rechazándole con aspereza. — ¿Cómo te atreves á molestarnos con tus necedades cuando estamos ocupados en cosas serias?

Sibillot, bufón del rey, el mismo á quien nuestro amigo Chicot detestaba esperando reemplazarlo en no lejano día, se levantó mirando torvamente en torno suyo.

— ¡Es posible! — dijo agitando su cetro, también adornado de cascabeles. — Bueno, pues si eso de vestirse de muchacha es una ocupación seria para estos señores, ahora mismo voy á ponerme un refajo, y no habrá mocosa que me gane en seriedad.

— ¿Te callarás de una vez, payaso?

— Señor, Tribulete, ilustre antecesor mío, y cuyo cetro he heredado, decía á veces á Francisco el glorioso : Más valor tiene la palabra de un loco que la de un sabio... ¡Escucha la mía, oh rey!... A estas horas, no muy lejos de aquí, en el hotel de Entragues se hallan reunidos todos los gentileshombres afiliados á la santa liga; la reunión es numerosa, y en ella se trata de una destitución...

Los miñones habíanse agrupado, por curiosidad, y escuchaban con interés.

Quelus quiso mostrar su celo.

— Nombra á los traidores, bufón; — dijo.

— ¿Los traidores? ¿Para qué nombrarlos? Todos los conocéis; os codeáis con ellos todos los días... Sin embargo, diré que el primero y el más peligroso de todos es Chicot.

Al oír este nombre, y no obstante hallarse en presencia del soberano, hubo entre los reunidos una explosión de ruidosa hilaridad. Ninguno de los allí presentes ignoraba que Sibillot y Chicot, los dos contrahechos de la corte, se detestaban cordialmente.

La guerra entre ambos era continua: guerra sin cuartel. Chicot gustaba del epigrama y Sibillot de la denuncia; y ambos se trataban, como tratábanse los Guisais y los Valois, de los que eran humildes servidores.

Como nadie ignoraba este detalle, claro es que, al saberse que la denuncia de Sibillot concernía á Chicot, se disiparon como por encanto los temores experimentados durante un instante por los allí reunidos.

Terminaba pues el entreacto, que fué como se ve, de corta duración, con gran desespero de Joyeuse y de Eperón quienes veían ya muy comprometida su visita nocturna al domicilio de la dama Mirtila, más conocida por el remoquete de *la Pulpa*.

Ambos miraban desesperadamente hacia las ventanas, procurando distinguir la sombría silueta de la torre de Nesle, tan inmediata á la hospitalaria casa de las miñonas.

— Mira, — observó en voz baja Joyeuse. — Nuestro sol parece como que sale, y eso es buena señal.

— ¿Nuestro sol? — preguntó asombrado de Eper-

non. — ¿Pero donde ves tú un sol á estas horas?

El joven duque señaló un disco brillante, cuya imagen rielaba en las fangosas aguas del Sena.

— ¿Eso? Pero si eso es la luna!

— Ya lo sé.

— Tú has hablado de nuestro sol...

— Sí; y he añadido que era señal favorable, porque como todo el mundo sabe, la luna es el sol de los enamorados.

— A nosotros no hay astro que nos valga esta noche. En mala hora se le ha ocurrido al rey entretenernos.

— Como que Mariola me habia prometido.

— Y yo estoy seguro de que Faustina... Pero ¿cómo salir de aquí?

— Creo, la verdad, que haces mal en desesperar. La luz febea anuncia el término de nuestra detención.

— Pues es cosa de desear que el libertador llegue cuanto antes.

— Ten la seguridad de que llegará. No me preguntes por dónde ha de venir porque no lo sé; pero es seguro que viene.

Abrióse de pronto la puerta que daba á las antecámaras, interrumpiendo este diálogo, y apareció Bervic, muy colorado, adelantándose hacia el rey con paso vacilante.

— ¿Qué hay, Bervic?

— Señor, — baluceó el capitán de modo que solo Enrique pudiera oírle, — Mammout el rojo me ha ordenado, aunque yo no sé cómo me resigno á obedecer á ese pagano, que repita á vuestra majestad estas

palabras enigmáticas : « Ha llegado la hora : el libro de lo porvenir está abierto. »

El rey se levantó de un salto.

— ¡ Ah! ¿ Estás seguro de que ha dicho eso, que la hora ha llegado?

Su cara, por lo general sonrosada, cubrióse de mortal palidez, muy parecida á la que caracterizaba el rostro de su madre.

Atravesó con paso agitado el salón, y volviéndose hacia sus compañeros de placer, les dijo :

— Excusadme, señores, si os despido, pero un asunto urgente... Os deseo muy buena noche. Hasta mañana.

La audiencia había terminado.

Todos los miñones se apresuraron á abandonar los trajes de la mascarada, inclináronse luego sobre las manos del rey, y salieron juntos, encantados de escapar al proyectado ensayo.

En el momento en que bajaban las escaleras, de Epernon tocó el brazo de Joyeuse.

— ¿ Has podido oír lo que decía Bervic? — le preguntó.

— No por cierto, — dijo el otro. — Estaba pensando en Mariola...

— ¿ Pero no sabes qué es lo que ha podido decidir al rey á despedirnos?

— ¡ Ah, eso sí!

— ¿ Qué?

El joven vizconde de Aque lanzó una carcajada, y dijo enseguida :

— Pues... la luna.

## VI

## LA DIABÓLICA TRINIDAD

Durante los primeros minutos que siguieron á la precipitada salida de Catalina de Médicis, el mago permaneció inmóvil, tratando de escuchar los ruidos de fuera.

Tranquilo sin duda por no oír rumor alguno, despojóse de nuevo del velo que le cubría, mostrando una vez más el semblante altivo y enérgico que ya conocemos, y que, perteneciendo á Salem-Kebir ó á Abou-Nadarah, se iluminó esta vez con una sonrisa burlona y aun añadiríamos pérfida, si tal expresión no nos pareciese incompatible con el sentimiento que motivara la sonrisa.

— Ganas me han dado de apuñalar á esa víbora; — murmuró con voz cavernosa. — No sé porqué su presencia se me ha hecho aún más intolerable que otras veces; como que hasta me parece que el sufrimiento que le he impuesto, en lugar de servir de refrigerante